

de sustancias sanas é incorruptibles, cuya esencia es la actividad. Estos átomos espirituales han sido creados á la vez con cualidades diversas y tienen la fuerza necesaria para desarrollarlas. El desenvolvimiento de las mónadas es infinito; la generacion no es más que la manifestacion de una fase nueva de su existencia, y la muerte un paso á una vida nueva. De suerte que la ley de *continuidad* lleva á un perfeccionamiento ilimitado. Las almas humanas están sometidas á la misma ley en efecto, son tambien mónadas; no se distinguen de las otras, sino por cualidades superiores, la conciencia y la libertad; por esto Leibnitz forma con ellas un órden aparte al cual llama la *ciudad de Dios*. Esta superioridad no impide que los hombres obedezcan á la ley de *continuidad* ó del progreso; no han sido siempre, ni seguirán siendo siempre lo que son hoy. ¿Cuál será el último término de un perfeccionamiento? El cristianismo responde: la salvacion eterna, la beatitud de los elegidos, la vision de Dios. Leibnitz explica el dogma á su manera, procurando ponerlo en armonía con la ley de *continuidad*: «La suprema felicidad no podria nunca ser completa, aunque fuese acompañada de alguna vision beatífica ó conocimiento de Dios; porque, siendo Dios infinito, no puede ser conocido por completo. Así es que nuestra felicidad no consistirá nunca, y no debe consistir, en un pleno goce en que no haya nada que desear, y que haga estúpido nuestro espíritu, sino en un progreso perpétuo hácia nuevos placeres y nuevas perfecciones» (1).

Como se ve, el resultado práctico á que llega Leibnitz no dista mucho de la filosofía de Van Helmont. Verdad es que el pensador alemán ha escrito una defensa del infierno, pero no tomaremos en serio este esfuerzo de su imaginacion. La eternidad de las penas y la ley de *continuidad* son incompatibles; ¿cómo es posible que el filósofo que enseña un *progreso perpétuo* para todos los seres, condene á inmovilidad eterna precisamente á las mónadas que forman la ciudad de Dios? Por más que Leibnitz conserva el paraíso, lo trasforma, introduciendo en él su principio de *continuidad*, y hubiera trasformado igualmente el infierno con el mis-

(1) LEIBNITZ, *Principios de la naturaleza y de la gracia* (Opera, edic. Dutens, t. II, p. 37 y sig.).

mo principio, si su respeto alemán á las autoridades establecidas (1) no le hubiera impedido declarar la guerra á la Iglesia.

Hasta aquí no hemos salido del terreno religioso de una vida infinita y progresiva. Pero ¿qué pensaba Leibnitz del mundo en que vivimos? Su filosofía le inclina á juzgar el pasado con indulgencia, y á contentarse con lo presente. ¿Quiere decir esto que renuncia á perfeccionar lo que existe, porque *todo está bien en el mejor de los mundos posibles*? No es éste el pensamiento del ilustre filósofo; quiere que hagamos cuanto dependa de nosotros para perfeccionarlo todo, y predice grandes cambios en las sociedades humanas. Habrá parte buena y parte mala. Leibnitz era demasiado prudente para decir en qué habia de consistir aquel bien. Incurre, sin embargo, en una ilusion muy singular acerca de la manera como ha de realizarse el progreso: lo espera de algun príncipe, el cual «á la manera de los antiguos reyes de Asiria ó de Egipto, ó cual otro Salomon, reinará por mucho tiempo en una paz profunda, y formará el propósito de hacer felices á los hombres» (2). Leibnitz participaba de esta esperanza que animaba á todos los filósofos del siglo XVIII. ¿Qué decepcion hubiera sido la suya, si hubiera alcanzado á asistir á la espantosa convulsion que llevó al cadalso á un rey y á una reina, y puso fin para siempre á la utopia de un príncipe legislador y reformador!

§ IV.—El progreso en el siglo XVIII.

El dogma del progreso se formó lentamente en la conciencia humana antes de resplandecer en el siglo XVIII. En el siglo XVII la idea de la perfectibilidad se presentó bajo el aspecto de que los modernos son superiores á los antiguos. De esto á despreciar lo pasado y esperar todo del porvenir, no habia más que un paso, y éste lo dieron los filósofos. Pero la idea aumentó sus proporciones al pasar de los literatos del siglo de Luis XIV á los libres

(1) *Die hohe Obrigkeit!*

(2) LEIBNITZ, *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. IV.

pensadores. El siglo XVII se habia preocupado principalmente del progreso científico, intelectual, como era natural en una edad que brillaba por la literatura. En el siglo XVIII las aspiraciones se hacen políticas y sociales. Un pensador del siglo pasado ha escrito esta frase atrevida: La edad de oro no está detrás de nosotros, sino delante. Tal era la convicción universal. La humanidad rompía decididamente con la tradición, para lanzarse á un porvenir que imaginaba con colores tan seductores como los que habian servido para pintar un pasado imaginario. Habia algo de ilusión en aquellas esperanzas ilimitadas, porque en la verdadera doctrina del progreso no hay edad de oro. Pero la ilusión no era más que la exageración de un sentimiento verdadero, y es que en lugar de echar de ménos lo pasado, como hasta entónces, se debia dirigir la mirada al porvenir. La contemplación de lo pasado es estéril, puesto que está completamente fuera de nuestra esfera de acción; la confianza en el porvenir es omnipotente, puesto que nos excita á obrar, para transformar el mundo.

Habia, además, otra tendencia en algunos filósofos del siglo XVII que no reaparece en el XVIII. Van Helmont y Leibnitz se fijaban principalmente en la perfectibilidad del individuo á través de las fases sucesivas de su existencia. Esta es la fase teológica de la creencia del progreso. El siglo XVIII no tenía afición á la teología porque estaba llamado á trabajar contra la Iglesia y contra el despotismo que se ejercía sobre la humanidad en nombre de la religión. Como sucede siempre, de un exceso se pasó al exceso contrario. Durante siglos los hombres se habian olvidado de vivir en la vida presente, real, para pensar en su salvación, es decir, en la vida futura, tal como la presentaba el cristianismo, vida imaginaria, puesto que la concepción cristiana era falsa. Los libres pensadores del siglo pasado desecharon estos sueños. También tenían su ideal, pero no habia de realizarse en otro mundo, sino en éste.

Se los ha censurado por esta preocupación exclusiva y no sin razón. Sin embargo, se explica y tiene su legitimidad. Los enemigos de los filósofos dicen que éstos hubieran querido proporcionar al hombre la inmortalidad en esta tierra, porque no creían en una existencia más allá de la tumba; pero no es así. No; los ins-

pira un sentimiento más verdadero. Si Dios nos ha puesto en este mundo, es sin duda porque tenemos que llenar en él una misión. El cristianismo desconocía este destino, al sacrificar la vida presente á una salvación que resultaba ser una ficción. Despreciar esta vida pasajera, no ver en ella más que una prueba de algunos días, al cabo de la cual unos serán condenados á una especie de aniquilamiento en el sufrimiento, y otros disfrutarán de una felicidad parecida igualmente á la nada; despreciarse á sí mismo y á la vida, era el mejor medio de inmovilizar el mundo y perpetuar sus vicios. ¿Qué importaban sus vicios? Eran otros tantos medios de ejercitar las virtudes cristianas de la paciencia y la resignación. El siglo XVIII necesitaba una virtud más activa, necesitaba otra creencia, porque estaba llamado á destruir, para reformar y reconstruir. Hé aquí por qué amó con pasión la vida actual.

¿Era esto negar la vida futura? Había libres pensadores que en su reacción contra la religión tradicional llegaban á negarla. Pero, cosa notable, á la par que rechazaban la inmortalidad, sus doctrinas y sus obras los preparaban para la vida futura mejor que el cristianismo, cuyos pensamientos todos se dirigían al cielo. ¿Qué querían y qué hacían los filósofos? Pedían que el hombre desarrollase libremente todas sus facultades, y que se sirviese de sus luces para mejorar la condición de sus semejantes. Y predicaban con el ejemplo. ¿No era esto desempeñar su misión de hombres mejor que los cristianos? Y el realizar el destino que Dios nos ha dado en este mundo, ¿no es el mejor medio, más aún, el único, de prepararnos á la vida futura? La falsa concepción del cristianismo viciaba la vida presente. También los filósofos se engañaban; pero su error era más provechoso para el individuo y para la humanidad que la verdad relativa de la doctrina cristiana. Esto no quiere decir que debemos ensalzar el error de los filósofos y atenernos á él. Es preciso, por el contrario, completar su doctrina, presentando la vida actual como una fase de la vida infinita que no difiere esencialmente de la vida presente. No hay *otro mundo* en el sentido cristiano, no hay más que una vida. Este mundo es, pues, tan santo como puede serlo el mundo en que hemos de continuar nuestra existencia. Léjos de despreciarlo y de huir de él, nuestra

mision nos llama á cumplir en él los deberes que nos imponen las circunstancias en que Dios nos coloca. Esto es lo que hacian los filósofos. Tendremos un móvil todavía más poderoso para hacerlo, cuando la creencia en nuestra eternidad haya reemplazado á la duda y á la negacion que reinaban en el siglo XVIII.

N.º 1.— *Voltaire.*

El siglo XVIII todo entero está imbuido en la creencia en un progreso infinito que ha de transformar á la humanidad. Nos es imposible seguir la idea de la perfectibilidad en todos los escritores que se han inspirado en ella; basta para nuestro objeto detenernos en los nombres más importantes, en los que han conmovido el mundo. En primer lugar se presenta aquel á quien se ha llamado el rey de su siglo. En vano un ejército de *liliputienses* católicos intentan atacar á esa gran figura; su odio no hace más que poner de relieve la grandeza del personaje á quien atacan con injurias y calumnias y con la ceguedad de la ignorancia. Voltaire á sus ojos es el príncipe de los escépticos; le niegan toda fe, toda creencia generosa. ¿Qué será, pues, lo que le ha inspirado, lo que le ha sostenido en su larga vida, que no fué más que una lucha incesante? Tenía su fe, fe ardiente que aumentaba con los años. A una edad en que los pensadores vulgares no hacen más que alabar el tiempo pasado, maldecir lo presente y desesperar del porvenir, Voltaire cantaba la edad de oro. Él, que brilla ante todo por un buen sentido admirable, no se cuidaba de incurrir en el exceso de los que de un sér imperfecto esperan un ideal de perfeccion. Para Voltaire la edad de oro era el mejoramiento de la condicion de todos los que sufrían por los mil abusos del antiguo régimen. Se engañaba en un punto; como todos los filósofos del siglo pasado, empezando por Leibnitz, esperaba de un príncipe legislador el progreso social. Cuando hé aquí que un jóven rey llama á sus consejos á un ministro libre pensador y amigo de los hombres en la más alta expresion de la palabra. Al advenimiento de Turgot, Voltaire lanza un grito de alegría. Hasta entónces los poetas en su desesperacion habian exclamado:

«*Nous pleurons ainsi que nos pères
Et nous transmettons nos misères
A nos déplorables neveux.*» (a).

Estas quejas van á cesar:

«*Contemple la brillante aurore
Qui t'annonce enfin les beaux jours:
Un nouveau monde est près d'éclorre*» (1) (b).

Voltaire escribe á todos sus amigos: «La edad de oro reemplaza á la de hierro. Esto hace renacer el deseo de vivir» (2). Tenía ochenta y dos años cuando se dejaba arrebatado por aquel entusiasmo que hoy apenas se encuentra en los que tienen veinte! ¿Qué frutos debe dar, pues, aquel tiempo afortunado, del cual Voltaire sentía no ver más que la aurora?

Hacia la misma época Voltaire escribió un cuento filosófico titulado *Viaje de la razon*. Hay más ideas en aquellas pocas páginas, escapadas de la pluma de un viejo, que en algunos abultados libros escritos sobre el progreso. Vamos á tener el gusto de viajar con Voltaire y con la razon: no habremos caminado nunca con mejor compañía. No hace mucho tiempo que la razon habita en esta tierra: «Era tan desconocida entre nosotros en tiempo de los druidas, que no tenía ni nombre en nuestra lengua.» Cuando vinieron los pueblos del Norte, no se oyó hablar de otra razon que de la del más fuerte: «Estuvimos sumidos mucho tiempo en aquella horrible y degradante barbarie... Entónces reinaba la política en Roma; tenía por ministros sus dos hermanas, la mala fe y la avaricia. Bajo sus órdenes la ignorancia, el fanatismo, el furor, recorrían la Europa; la razon estaba oculta en un pozo con la verdad, su hija. Nadie sabía dónde estaba aquel pozo, y si lo hubieran sospechado, hubieran bajado á él para matar á la madre y á

(a) Lloramos lo mismo que nuestros padres, y trasmitimos nuestras miserias á nuestros desdichados nietos.

(1) *Sobre el pasado y el presente* (1775).

(b) Contempla la brillante aurora que te anuncia por fin felices días. *Está próximo á nacer un nuevo mundo.*

(2) *Carta á M. Dupont*, de 1776.